

LA CAJA N.10 (Noviembre / Diciembre 1994)

Gustavo Varela / Champion Jack Drupee

LAS MANOS QUE APORREAN EL PIANO SON LAS MISMAS QUE CALZARON UN PAR DE PESADOS GUANTES. EL BOXEO Y LA MÚSICA ABARCARON TODA LA VIDA DE CHAMPION JACK DUPREE. CON UNO, CONSIGUIÓ TÍTULO DE CAMPIÓN; CON LA OTRA, UN LUGAR EN LA HISTORIA DEL JAZZ.

Mi abuelo siempre decía lo mismo: hay que empezar de nuevo; así me hablaba cada vez que debía iniciar un nuevo round por unos miserables diez dólares. Mi abuelo me decía que yo siempre debía tenerlas manos listas porque sólo ellas salvan a los negros de un apuro. El se ponía un escarbadientes en la boca y miraba al mundo con altura, no se dejaba llevar por nadie. Murió en un campo en Nueva Orleans sin conocer el Harlem aunque creo que lo hubiese merecido. Yo viví algún tiempo allí y encontré la letra para más de una canción. Podría haber cantado lo que viví en el orfanato, o los días en la cárcel o el dolor del negro por tener que ocupar la fila oscura de los buses. Es fácil decir que el blues viene del dolor o del esclavo y que su canto de lamento quita las penas. Si yo fui músico fue por necesidad, para ganarme unos cuantos billetes con sólo tener que tocar unas teclas; lo mismo me daba tener que cocinar o lustrar botas a los blancos de Chicago o ser mecánico en Indianápolis. La música no despierta a nadie si antes ya no estás despierto. Lo mismo es en el boxeo; yo comencé a hacer guantes cuando no tenía nada que hacer en la calle y, antes que la policía me llevase por vagancia, prefería aprender a golpear en un gimnasio. Nunca creí que por enfundarme la mano iba a poder sacarme algo de rabia o limpiar el color de mi piel para que huela mejor. Yo conocí las reglas desde chico, la vez que vi a mis padres calcinarse con kerosene. El reformatorio te hace entender que ya no se puede volver atrás. Allí también estaba Louis Armstrong, que insistía con su maldita trompeta; por entonces yo sólo sabía amasar un poco de arcilla y hacía unos pequeños pianos. Claro que esto no quiere decir nada, ni que vaya a ser pianista durante toda mi vida ni mucho menos que la música fuese mi único destino. Poco tiempo después me sentaron delante de un piano vertical y me dejaban horas tocando. Creo que se habían cansado de mis estatuillas.

Allí me pusieron el nombre de Jack; después se agregaría el Champion, cuando comencé en el boxeo. El apellido es el de mi padre y el mismo que tuvo mi abuelo, que no conoció el Harlem, aunque creo que esto ya lo dije. Es que él era un verdadero negro. Ahora basta con prender la radio y escuchar a un grupo de tontos cantar blues e imitar la furia y la voz y hasta los coros de los campos de algodón del sur. Nada saben, creen que es ruido y listo, pero yo a los veinte años ya tenía los dientes enfundados en oro y la nariz chata de tanto boxeo. Claro que es más inflado vender blues enlatado en una esclavitud eterna a tener que mostrar a un negro de reluciente piel paseando con su limousine por las calles de Nueva York. El blues no es música negra; los negros sabemos caminar el mundo.

Tenía dos años cuando fui a parar a la casa para niños abandonados, la misma en la que estaba Lois, y cerca de catorce cuando la abandoné. Ellos nunca supieron decirme la fecha de mi nacimiento; tengo dos o tres fechas distintas aunque yo me puse la del 4 de julio, porque fue ese día el que nació Lois y porque nunca más la olvidaría ya que los americanos festejan su

revolución. La memoria es lo primero que pierde un negro cuando quiere salirse. Mi padre creo que era del Congo belga y mi madre tenía sangre india y criolla. A ellos los quemaron los encapuchados, en esos actos de "limpieza" que hacían en las noches, cuando los negros duermen y la policía, también. El año no lo sé, pero imagino que fue en 1908 o en 1910 cuando me tocó venir al mundo. A los ochenta años que tengo ahora da lo mismo una cosa que la otra. Mi abuelo me decía que no hay que perder la memoria para poder vivir libre; yo creo que hay que perderla para no recordar cómo se es un esclavo. Cuando salí del hogar fui a parar a la casa de Olivia Gordon, una matrona con siete hijos que me recibió dispuesta a criarme. Por entonces yo ya pisaba el gimnasio de Kid Green y tocaba cada tanto en esos locales de mala muerte para unos cuantos negros que iban a emborracharse. No había mucho trabajo de pianista y entonces decidí boxear. Las dos cosas las hacía con el mismo criterio, aunque el boxeo te enfunda la mano, te la venda y hace que tus dedos se junten como masa; el piano los separa, y los dedos se distancian para hacer la melodía. El padre de Ruth, mi primera mujer, me decía que yo no podía hacer las dos cosas a la vez; él creía que yo debía boxear y también creía que iba a manejar mi dinero. Yo era liviano, movedizo y zurdo; eso complicaba a mis rivales, que no podían acertarme jamás. Yo boxeaba con los pies aunque recordaba a mi abuelo hablándome de las manos del negro. El siempre permaneció sentado en su silla hablando y esperando que el sol saliera al día siguiente. A mí no me importaba si debía caer en el quinto round, porque hacía lo que querían los apostadores, o si debía trabajar de matón para Kay Capone, el hermano de Al. Lo que sabía era que no podía estarme quieto, ni en los bares tocando el piano, porque la policía andaba de razzia, ni en el ring delante de un contrincante, porque eso podía costarme la cabeza. Por eso viajé por todos los estados, trabajando de cocinero o haciendo alguna que otra pelea cada tanto para salir adelante. Tocar el piano por aquella época era difícil y tanta era la pobreza que dos pianistas tocaban en una misma noche y luego repartían su paga. Yo ya había conocido a Jack Tomphson; él me presentó a Joe Louis y me hizo trabajar de sparring por diez dólares la sesión de cuatro rounds. Ese tío sí que pegaba fuerte; con el aprendí todo lo que sé arriba de un ring y con eso llegué a campeón del Estado allá por 1934 o 1935, no lo recuerdo bien. Luego de la velada me escapaba a la calle Indiana, donde estaban los locales de música de Indianápolis y tocaba blues hasta que me dolían los dedos. Recuerdo que me ponían un piano bajo, pesado y yo tocaba fuerte, salpicando los dedos de la mano derecha. Hacía sonar las teclas como si tuvieran vibrato y elevaba la voz unos tonos más arriba que lo normal, para que suene más fuerte, más forzado, más negro, dirían ahora. Mi primer grupo fue los *Drive'em Down* con los que toqué durante un tiempo hasta que me fui a Chicago a vender whisky en petacas en el Café Continental. Yo no quería pertenecer a un lugar y tampoco tenía dinero para marcharme; por eso hacía dedo o conducía a los ciegos, porque esa era la forma más barata de viajar. Mi abuelo nunca salió de ese maldito campo y mis padres no conocieron otra cosa que el almacén donde murieron calcinados. Si te quedas quieto te aplastan y así es que no paré hasta hoy.

La primera vez que aparecí en un afiche de presentación de velada fue cuando Joe Louis peleó por el título; yo no recuerdo con quien boxeé, pero creo que esa vez las cosas no anduvieron muy bien. El boxeo lo seguí hasta que fui a la guerra en 1942; allí también quise abandonar la música pero no pude, debía ganarme la vida con algo y la pintura, mi nueva profesión de entonces, aún no me daba para comer.

Ruth murió en el año '42 y yo ya no volví a pisar Indianápolis desde entonces. Me fui hacia Chicago; un poco de alcohol para vivir dignamente y la primera grabación para el sello Okey es lo que recuerdo; cantaba canciones con double talk, esas que le gusta escuchar al público cuando tiene la cabeza repleta de whisky. Yo ponía mi cerveza en la mano derecha, el cigarrillo en los labios y empezaba a cantar. No pude creer cuando grabé con una banda de desconocidos y me pagaron

cien dólares por la sesión de estudio; eso sí que era mucho dinero. Claro que me hicieron firmar un contrato de exclusividad con la grabadora, pero cuando vi tanto dinero, me puse a buscar a las grabadoras independientes y firmaba un nuevo contrato con ellas cambiando el nombre. Tuve una infinidad de bandas, una infinidad de nombres pero pocos billetes. Pasaba lo de siempre: yo me quedaba afónico y los bolsillos y las cuentas que engordaban eran los de los productores. Yo ya era un profesional de la música pero no quería dejar de boxear. Hice 107 peleas como profesional hasta que logré ganarme el Guante de Oro, un premio importante. Claro que recordé a mi abuelo cuando me dieron el trofeo, lo de las manos, la libertad y esas cosas que a él le gustaba decir. Pero yo esa misma noche tomé unos tragos y cerré mi valija para marcharme nuevamente. Volví a Nueva Orleans y me puse a tocar en un local donde la entrada valía 21 centavos. Yo cobraba diez entradas por noche. Pero debía estar allí nuevamente, para ver el lugar donde nací, donde mi abuelo murió, donde ser negro no era lo mismo que en Nueva York o en Chicago; allí la piel espantaba, en cambio aquí la sentía como un peso. Las primeras grabaciones me trajeron un poco de fama y de dinero, como ya dije, pero no alcanzaron para salvarme de la guerra. Estuve en el Pacífico, cocinando en un barco para aquellos patriotas que no sabían cómo salirse del apuro en el que se habían metido, porque la guerra para los americanos fue sólo eso, un gran apuro. Y fijate que hoy estoy aquí, en Hamburgo, haciendo de cheff de un restaurante importante de la ciudad y dándole de comer a los alemanes. Lo mismo da cocinarle a uno u otro, lo importante es saber pararse y ponerse el escarbadientes en la boca antes de mirarlos, a ellos o a los otros, da lo mismo.

Lucile fue mi segunda mujer. Yo ya había tocado con B.B.King y sabía su historia. Me gustaba que mi mujer se llamara Lucile. A ella le dejé los derechos de todas las canciones que grabé entre 1953 y 1955. Yo ya estaba radicado aquí en Europa y si mal no recuerdo fueron más de 30 las canciones que quedaron registradas. Aquí me reconocen como un gran músico; mi abuelo se hubiese sentido orgulloso de escuchar a los ingleses llamarme Sir por sólo mover las manos; hizo falta antes que me fuera de América, moviendo rápido los pies, como en el boxeo, cuando la mano está enfundada y casi no puede moverse. Mi abuelo, de tanto labrar la tierra, se olvidó de mirar el suelo para saber que se lo puede andar sin pedir permiso.

A la semana de estar en Europa devolví el boleto de regreso y prometí que iba a volver sólo el día que construyan un puente. Creo que siempre tuve puestos mis zapatos de viaje aunque ya no tenía las manos en los guantes y sólo me dedicaba a golpear el nácar. Aquí anduve por Dinamarca, por Suecia, llegué hasta Sudáfrica, donde un grupo racista me puso en una lista negra. Yo ya no le prestaba atención a esas cosas, quería seguir tocando blues y cantar, como un recurso para hacerme dueño del suelo y no seguir labrando para esos fantasmas blancos que le quitan el sueño a Nueva Orleans y que se lo quitaron a mi abuelo.

Ahora soy cocinero de los alemanes, ya casi no toco blues y espero no volver a pisar suelo americano. Cada tanta escucho alguna de mis canciones y recuerdo el Mississippi y a Memphis Slim y a Big Bill Broonzy y no tengo idea del tiempo, ni memoria. Estos chicos de ahora, que dicen que tocan blues y se la pasan chillando y gritando, no tienen noción de lo que hacen. Porque no viven sus propias vidas y tratan de parecerse a otro.

Yo soy negro igual que mi abuelo, mi miro al espejo y entonces veo mi dentadura dorada y sonrío.-

- Gustavo Varela es músico y profesor de filosofía en la Universidad de Buenos Aires.

